

G. Pizza, *L'antropologia di Gramsci. Corpo, natura, mutazione*, Roma, Carocci, 2020, pp. 182.

El libro de Giovanni Pizza, *L'antropologia di Gramsci. Corpo, natura, mutazione* (Carocci, 2020) no pretende replantear las posiciones y temas del ya tradicional debate antropológico italiano de inspiración gramsciana. Si bien son inevitables las referencias a De Martino, a Cirese, a los estudios sobre la vertiente folclórico-cultural de la obra gramsciana y a las contribuciones sobre la cultura popular, el recorrido trazado en los siete apartados que componen esta publicación se inserta en un marco teórico-político diferente y se plantea –incluso explícitamente– otro fin: recuperar a Gramsci y sus categorías, pero especialmente su metodología de trabajo, para la antropología médica de hoy. El autor propugna un uso fecundo de una práctica crítica realmente gramsciana en el ámbito de los estudios antropológicos, la cual ha de posibilitar la interrogación sobre las formas de construcción de la realidad y de producción de la subjetividad, volviendo ante todo a problematizar críticamente las nociones de “naturaleza” y “naturaleza humana” a partir de los *Quaderni del carcere*. Desde la celda de Turi a los estudios contemporáneos –en lo que respecta a la relación entre la corporalidad y las instituciones, a los movimientos políticos de oposición o al impacto de la producción capitalista en el medio ambiente– la antropología gramsciana se configura como un instrumento valioso por el hecho de ser ante todo un método crítico-político capaz de plantear la teoría al mismo tiempo como una praxis política.

El subtítulo del volumen sugiere un secuencia conceptual precisa: cuerpo, naturaleza, mutación. El primero de los términos mencionados asume una valencia filosófico-política fuerte en los *Quaderni del carcere* –especialmente, pero no solo, en el célebre Cuaderno 22, *Americanismo y fordismo*–. El cuerpo se analiza como el lugar de las transformaciones moleculares, como el sustrato modelado por la producción capitalista del modo más funcional, como el objeto de la intervención de las instituciones en sentido biopolítico, o mejor, físico-político, para diferenciarse de la perspectiva estrictamente foucaultiana y acentuar el tono gramsciano e “italiano” del análisis. En resumen: el cuerpo se configura como un genuino terreno de conflicto entre hegemonías. El fordismo aspira a producir, a través de las políticas de altos salarios, pero también del prohibicionismo y de la represión de los movimientos sindicales, así como mediante la exigencia de una mayor sobriedad en las costumbres sexuales, aquel “nuevo tipo humano”

ideal para el régimen productivo de la fábrica. Esto es, un obrero exigido a alcanzar su máxima capacidad productiva, dedicando todos sus esfuerzos musculares y nerviosos a los intensos ritmos del nuevo sistema de fábrica, sacrificando en aras de la eficiencia de la propia fuerza de trabajo también el trabajo no retribuido, doméstico y de cuidados, e incluso sexual, de la mujer fordista¹. Las transformaciones –moleculares y de masa– inducidas por el fordismo se aplican directa y materialmente sobre los cuerpos físicos de los obreros.

El último capítulo del libro *L'antropologia di Gramsci* tiene el mérito de ocuparse con un aspecto muy interesante y poco estudiado de la producción gramsciana, el cual se engarza directamente con la cuestión del cuerpo modelado por el fordismo: se trata del tema de los “gitanos” –en sentido literal, pero también en la acepción, en clara alusión al fascismo, de “gitanos de la política”, y en otras acepciones–. La investigación de las “metáforas violentas” del léxico gramsciano, que reconstruye con gran cuidado textual el uso del término en sus diferentes declinaciones figuradas y con referencia a la praxis política, ofrece un corolario interesante al tema del cuerpo en el capitalismo. El autor observa cómo al control técnico y biopolítico disciplinante del fordismo, y en general a la dimensión biopolítica del capitalismo, se ha pretendido contraponer –por decirlo con el léxico de Hardt y Negri– una revuelta “neobárbara” contra el imperio. El modelo fluido de los gitanos en la acepción política en uso en los años veinte y treinta (y en el léxico político figurado gramsciano), puede lógicamente producir cierta fascinación en los ambientes contemporáneos del pensamiento y del movimientismo alter-político de oposición anticapitalista. El modelo de vida *bohémien*, al que Gramsci alude como una actitud difícil de domesticar por el modelo eficientista del fordismo, puede plantearse como una posible bolsa de resistencia anticapitalista. El autor plantea la cuestión de si tal uso “anticapitalista” del estereotipo nomadológico y gitanesco puede ser correctamente inferido a partir de los escritos de Gramsci, y observa cómo este último, más bien, se sirve de la metáfora gitana de forma sarcástica y polémica. Gramsci propone contraponer otro modelo al fordismo, este sí anticapitalista, pero igualmente disciplinado y organizado. La propuesta gramsciana no es la de contraponer –con romanticismo pequeño-burgués– un modelo *bohémien* refractario al nuevo tipo humano fordista, sino más bien la

¹ Cf. sobre esto S. Federici, *L'invenzione della casalinga a tempo pieno* (in S. Federici, *Genere e capitale. Per una lettura femminista di Marx*, Roma, DeriveApprodi, 2020, pp. 57-65) y *Origini e sviluppo del lavoro sessuale negli Stati Uniti e in Gran Bretagna* (*ibidem*, pp. 66-81).

de invertir el fordismo en una “antidisciplina disciplinada”, produciendo formas alternativas de “segunda naturaleza” tras haber sometido eficazmente a una reestructuración crítica la concepción de esta y de la “naturaleza humana” en general.

El segundo concepto mencionado en el subtítulo, precisamente el de naturaleza, es de capital importancia en la aportación filosófica y antropológica gramsciana. El autor refiere la importante nota 12 del Cuaderno 16, titulada *Natural, contranatura, artificial, etc.*, para delinear la específica “vocación antropológica” de Gramsci. En su elaboración teórica, el ser humano se presenta como un *producto histórico* y como un *producto social*: es el resultado de las propias condiciones reales de existencia, está del todo anclado en un campo de fuerzas y resulta imposible observarlo al margen de las relaciones sociales concretas en las que está inserto. La perspectiva gramsciana, evidentemente, rechaza el reduccionismo *biológico*, pero tampoco se deja aplanar en el horizonte meramente *culturalista*. El autor recuerda aquí las palabras pronunciadas en 2013 por Tullio Seppilli, creador y promotor de la antropología médica en Italia, con ocasión de la apertura del primer Congreso nacional de la Sociedad Italiana de Antropología Médica: como antropólogos, no se debe caer en la falsa alternativa biologismo/culturalismo, ya que “los procesos culturales y las propias subjetividades psíquicas no se autoproducen si no que *se enraízan y se modifican en las experiencias de los hombres dentro de condiciones de vida históricamente determinadas y dentro de relaciones sociales, de hegemonía y de poder concretas*”.

Precisamente desde tal perspectiva, Gramsci, con una feliz intuición antropológica, vincula cultura, cuerpos y poderes. En su estela, la investigación antropológica médica debería hoy seguir preguntándose sobre la relación entre el cuerpo y el Estado, o lo que es lo mismo, entre “la experiencia corpórea y la experiencia de la soberanía”. Y si hablar del Estado como un cuerpo no es en absoluto extraño a nuestra tradición filosófica, desde Maquiavelo a Hobbes, hoy la antropología médica posee instrumentos refinados y útiles –de los que el método gramsciano no es el menor– para tratar de dar cuenta de las modalidades con las que el Estado vive en las prácticas cotidianas y con las que la estatalidad se instala en la vida cotidiana alterando la producción de subjetividades.

Otra importante contribución del libro *L'antropologia di Gramsci* es la que sugiere mirar con método gramsciano al llamado *antropoceno*, término este introducido por el biólogo Stoermer y luego consagrado por Crutzer para referirse a la edad contemporánea, en la cual el ser humano, con sus prácticas y actividades, constituye la principal causa de cambios climáticos y territoriales en el planeta. Evidentemente, un concepto de “antropoceno” así definido parece inmediatamente controvertido, también porque se sostiene sobre los conceptos de “ser humano” y “naturaleza”, los cuales son de por sí problemáti-

cos. La antropología de Gramsci puede favorecer el intento de desentrañar este nudo problemático, que es conceptual y también político, al analizar las dialécticas internas a los procesos antropocénicos y al aproximarse antropológicamente a la cuestión de la relación entre ser humano –es decir, *sociedad*, lo que significa conjunto de relaciones sociales– y naturaleza. La crítica gramsciana del pensamiento científico sobre la naturaleza, concentrada principalmente en el bienio 1932-1933, permite un intento de poner en relación, dinámica y procesual, la dimensión humana y el contexto ambiental, proponiendo un “desciframiento social” de la naturaleza. El ser humano, para Gramsci, no solo es un producto histórico, sino un producto social: la “naturaleza humana” está constituida por el conjunto de las relaciones sociales que determina una conciencia históricamente definida que, por lo tanto, está histórica y conceptualmente determinada además de en continuo desarrollo y cambio. Desde esta perspectiva, el reduccionismo esencialista que anida en el concepto de “antropoceno” se desvela (véase, por ejemplo, Moore): nuestra época podría más bien llamarse *capitaloceno*, desde el momento en que no es el ser humano en sí mismo, como especie animal entre otras, el que impacta sobre el medio ambiente de forma destructiva, sino que es el ser humano *históricamente determinado*, que constituye y alimenta un sistema de producción capitalista. En este sentido, la cuestión ecológica se plantea como cuestión antropológica y el problema del impacto del ser humano sobre la naturaleza se manifiesta como un problema específicamente cultural, histórica y culturalmente determinado, en el sentido de la mercantilización y del consumo. Sobre la base de Gramsci, pero también del Lanternari de *Ecoantropologia*, se puede trabajar en la fundación de una nueva antropología materialista que permita un giro socio-político en la antropología ecológica. La reflexión sobre el cruce entre persona, ambiente natural y procesos de cambio fomentada por Gramsci puede contribuir a demoler la esencialización y la objetivación, ofreciéndonos una noción crítica de naturaleza y acentuando la desnaturalización del concepto de persona para promover la dimensión *política* de los problemas afrontados.

Finalmente, el último concepto mencionado en el subtítulo, el de mutación, indica una crisis que tiene incluso un resultado progresivo: produce una apertura a la dimensión teórico-práctica de la corporeidad, contribuyendo también a historizar y desnaturalizar a la persona. Cuerpo, naturaleza y mutación se muestran, anti-esencialistamente, como procesos connotados políticamente. En el *Cuaderno 2* se lee que “también la unidad de teoría y práctica no es [...] un dato de hecho mecánico, sino un devenir histórico”. La pretendida objetividad de las ciencias es cuestionada, junto a la esencialización de la naturaleza y de la naturaleza *humana*; el propio “hecho” científico ya no puede aparecer, precisamente, como un *hecho*, sino que se desvela más bien como visión del mun-

do, como ideología. En la época del neoliberalismo global, la antropología como “crítica del sentido común y de lo obvio” puede servirse del pensamiento de Gramsci para promover una concepción procesual y dinámica de la cultura que vaya contra la esencialización de esta, es decir, contra la idea de que esta es una entidad que se posee. La concepción procesual de la cultura, en cambio, junto a la concepción desnaturalizada y social del ser humano, la revela como pensamiento en acción, producción y transformación de sí en un marco históricamente determinado y caracterizado por un campo de fuerzas que son también

materiales y económicas. Recogiendo la invitación de Crehan, la antropóloga que ha sugerido leer directamente los escritos de Gramsci en lugar de servirse de referencias y literatura secundaria, se puede promover el estudio antropológico de las condiciones humanas de existencia y de sufrimiento, mientras que una teoría radicalmente crítica de la cultura puede reactivar la búsqueda gramsciana de la unidad de teoría y práctica, redescubriendo el potencial político de la investigación antropológica.

Alessia Franco